

DISCURSO

DE

D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

«EL CONDENADO POR DESCONFIADO,
de Tirso de Molina.»



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

46870

196503
B16
HW



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SRES. ACADÉMICOS:

Nada puedo decir en breves palabras, que no resulte mezquino, de un escritor conocido de propios y extraños como D. Víctor Balaguer; de un hombre de actividad tan variada y extensa, universalmente querido y estimado. Su elogio ha sido ya hecho en esta Academia por voz bastante más autorizada que la mía.

Escribió sin descanso para popularizar en obras llenas de erudición y amenidad la historia patria y la regional, las tradiciones y bellezas de España, las vidas de los trovadores..... Dejó multitud de poemas, tragedias é inspiradas poesías líricas llenas de los recuerdos y fantasías de su alma entusiasta. Trabajó incansable como periodista, como orador elocuente, como patriota; siempre para el bien de los demás, sin que nunca le faltasen el desinterés y la elevación de miras. Cuando nuestros pudientes no suelen concebir aún más obras de caridad que las llamadas de beneficencia, nada refleja mejor la superior abnegación de Balaguer que el haber realizado toda su fortuna para la fundación de la Biblioteca de Villanue-

010613

va y Geltrú. Y cuando no es difícil confundir el mayor amor á la patria chica con el despego ó la aversión hacia la patria grande, nada pinta mejor el ilustrado entusiasmo de Balaguer que el hecho de que, siendo él iniciador é impulsor del hermoso renacimiento catalán, no haya cesado de reprender á aquellos que aún no han recibido en su inteligencia la idea moderna de nación. No sólo los catalanes: más de un felibre se confiesa deudor á D. Víctor de haber aprendido á asociar fraternalmente á Aix y á París en su idealismo regionalista.

Balaguer no sólo deja un gran vacío como escritor ilustre, sino, lo que vale más, como hombre de vida consagrada á hacer todo el bien que pudo.

Todavía está muy fresco el sentimiento de soledad que tras sí deja un alma buena, apasionada y fecunda; por eso con profundo respeto me acerco hoy á ocupar el puesto de mi antecesor.

Por otro lado, me siento demasiado pequeño para formar parte del más alto Centro literario de la nación, del que, por cima de la nación, representa para bien del progreso humano el principio de unidad y conservación de uno de los idiomas más propagados por el mundo. Sólo acepto agradecido el honor que hoy se me hace, porque me esforzaré con toda el alma en no dejarlo baldío; amo el trabajo como la vida misma, y trabajaré aquí, si puedo ser útil en algo.

Mis más especiales estudios son con exceso prolijos y pesados para que intente ahora dirigiros la palabra

acerca de ellos. Los dejaré de lado para hablaros de una obra maestra, del *Condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina, que creo ha sido juzgado de manera incompleta por la crítica. El drama es ciertamente de difícil apreciación.

Todo el que lee el *Condenado por desconfiado* siente una duradera impresión de extrañeza difícil de precisar. Para unos, como Ticknor, quien ciertamente estaba lejos de tener el don crítico de penetrarse de los pensamientos y gustos ajenos, refleja una idea moral repugnante aquel ermitaño Paulo que pierde el favor de Dios por sólo carecer de confianza en El, mientras que Enrico, ladrón y asesino, consigue aquel mismo favor por haber desplegado la fe más viva, la confianza más ciega hasta el fin de su vida manchada con los crímenes más espantosos. Esta es la impresión superficial y común que produce el drama.

Una persona que lo leía con Jorge Sand profundizaba algo más en el pecado de Paulo y encontraba hermosura en la obra, pero siempre al servicio de un dogma odioso: el ermitaño es condenado por querer saber su suerte, el fin de su vida; toda virtud, todo sacrificio le es inútil; mientras el que cree ciegamente puede cometer toda clase de maldades; un acto de fe en su última hora le salvará. Tampoco aquí se penetra en la perversidad secreta de Paulo ni en la virtud de Enrico.

Por primera vez D. Agustín Durán tuvo serenidad de juicio para examinar el drama desde el punto de vista que fué escrito y sondear toda su profundidad teológica, ciñéndose á las «creencias que el pueblo y los sabios de aquella época profesaban y profesa aún todo buen católico.» Para ello analiza las ideas teológicas y morales que inspiraron á Tirso su concepción terrible y sublime á la par que dulce y consoladora; y explica por qué Dios retira la gracia eficaz (y perdonen los teólogos á Durán este adjetivo impropio) á Paulo que de ella desconfía y que intenta arrancarles sus secretos; por esta orgullosa curiosidad el ermitaño se ve sumergido en un piélago de dudas que le hacen titubear en la fe, perder la esperanza y abominar de la caridad, mientras Enrico, símbolo de la pobreza humana, que confía en su Criador y alimenta un poco de virtud sobre la que podrán caer algún día los tesoros de la gracia, logra arrepentido obtener misericordia.

Pero el drama no deja huella profunda sólo en el alma religiosa. Jorge Sand no podía creer que Tirso se hubiera propuesto, al concebir su admirable obra, popularizar el dogma de la gracia; en la época del inspirado fraile, dice, muchos atrevimientos se solían ocultar bajo piadosos pretextos; cierto que al ver el arrepentimiento tardío y la confesión forzada del criminal Enrico se puede deducir esta conclusión: aunque seas un santo, una hora de duda te perderá; mas aunque obres como una bestia, si crees

como un bestia, Dios te tiende los brazos, porque la Iglesia te absuelve. Pero bajo esta moralidad oficial de la obra, dispuesta expresamente por el poeta para la censura inquisitorial, continúa Jorge Sand, no puedo menos de ver un pensamiento más amplio, más filosófico, que despedaza la casulla de plomo del fraile, y he aquí el pensamiento secreto, este grito del genio: la vida del anacoreta es egoísta y cobarde; el hombre que cree purificarse haciéndose eunuco, es un sandio á quien la continua contemplación del Infierno vuelve feroz; este tal soñará en vano con un paraíso de delicias: no logrará más que hacer mal sobre la tierra, será un sabio exorcista ó un inquisidor canonizado, y no llegará á la muerte sino envilecido; el que obedece á sus instintos vale cien veces más, pues esos instintos son buenos y malos, y puede llegar momento en que su corazón conmovido le tornará más grande, más generoso que el supuesto santo en su celda.

A éstas y otras tan contrarias apreciaciones se presta el *Condenado*, que en tal sentido es muy semejante al *Hamlet*; hay quien ve en éste un simple mentecato, otros un hombre superior; hay para quien el drama inglés carece de orden y concierto, para otros encierra profundidades admirables. El *Condenado* no es, como alguien ha dicho, un sencillo *auto*, una parábola evangélica; más bien que la soñolienta canturía sagrada, nos parece oír en él la complicada armonía del órgano que eleva el alma á vagos arrobamientos.

En el *Condenado* la mirada del genio se dirige sobre la religiosidad, sobre la vieja duda de la justicia divina que nubla el alma cuando más enamorada está del bien, y nos ofrece una visión profunda de la voluntad humana, encarnada en dos tipos opuestos, con toda la complejidad con que se manifiesta la vida, misterio eterno entregado por Dios á las cavilaciones de los hombres.

Olvidando la trivial apreciación de Ticknor, y sin permitirme libertades semejantes á las de la interpretación romántica de Jorge Sand, creo que el drama no puede analizarse sino conforme á un doble criterio teológico y tradicional. La interpretación teológica planteada por Durán es sin duda auténtica; lejos de mí creer que Tirso era un mártir del hábito monástico, un librepensador de sotana, que hablaba de gracia y de contrición agobiado por la mirada mortecina y amenazadora del Santo Oficio; pero también creo que el aspecto dogmático no es el único, y que el drama encierra un valor humano general, independiente del catolicismo. Los grandes dramas no son de la exclusiva invención de sus autores, y el *Condenado* se funda en una leyenda antiquísima, nacida en Oriente, que hunde sus raíces por tierras y siglos muy apartados hasta llegar al extremo Occidente, donde brotó su más espléndido retoño en el teatro español; nada más natural me parece que, no admirar sólo esa última florecencia como producto artificial y aislado, sino considerarla unida á las ra-

mas, tronco y raíces que la hicieron brotar y le dieron el jugo. Y será interesante ver cómo una de las más admirables producciones del teatro cristiano, que parece creada de un solo golpe en la mente de un teólogo católico, la que más en concreto parece encarnar la exaltación piadosa de la España del siglo xvii, tiene su antecesor remoto en un cuento indio, tan penetrado como el drama español de reconditeces dogmáticas, no tocantes á la gracia y á la esperanza, sino á la transmigración de las almas y á las castas brahmánicas; pero que aparte de esta técnica religiosa, por su sencillez y su suave sentido moral recreó é instruyó también á judíos, musulmanes y cristianos.

He aquí lo que se cuenta en un descomunal episodio del viejísimo poema indio *Mahabharata*.

Un ilustre brahmán llamado Kauçika, que estudiaba los libros sagrados y hacía penitencias fuertes, estaba una vez recitando los Vedas al pie de un árbol en cuya copa tenía su nido una grulla: ésta manchó con su estiércol al brahmán, el cual enojado la maldijo, y al punto cayó muerta. Muy pesaroso el brahmán de su cólera injusta, se apartó de allí y fuése á recoger limosna á la aldea. En una casa, la dueña le mandó aguardar un poco, mientras ella limpiaba el cacharro para darle comida; pero he aquí que en esto llegó el amo, cansado, muerto de hambre; y

la dueña, olvidándose del brahmán, sirvió al marido, disponiéndole el baño de pies, el enjuague, alargándole la silla, presentándole los manjares..... la mujer de los ojos negros adoraba á su marido como á un dios y no cesaba de ir y venir, atendiéndole en lo que necesitaba, ensimismada, sin pensar en otra cosa. Al fin reparó de nuevo en el brahmán y corrió á darle una limosna. El le preguntó: «¿Por qué me has hecho aguardar y no me has despedido?» Y la buena mujer, como le viera encenderse en cólera, le respondió halagüena: «Perdóname, maestro; mi esposo es mi más alta deidad, acaba de llegar fatigado, y le he servido.» El mendigante no se calmaba: «Tú no has honrado al brahmán como debías, pues has preferido á tu marido; el mismo Indra venera á los brahmanes, ¡cuánto más no debe hacerlo un mortal? Ah, loca, ¿no has oído de los viejos que los brahmanes son iguales al dios del fuego y pueden hasta abrasar la tierra?» La mujer respondió: «No te irrites, santo penitente; ¿qué castigo me envías con ese mirar airado? Jamás he despreciado á los sabios brahmanes, cuyo poder conozco: las ondas del mar fueron secadas por su ira, y aún dura el fuego que su indignación encendió en la selva de Dandaka. Pero yo me he consagrado al culto de mi esposo; éste es de todos los dioses mi más alto dios, y antepongo mis deberes para con él á todos los otros. Bien sé que la grulla ha sido abrasada por el fuego de tu ira; la ira es el peor de los enemigos del hombre, y quien ha domado el amor

y la cólera, quien estima á todos los hombres como á sí mismo, á éste reconocen los dioses por verdadero brahmán. Tú, aunque venerable, puro, ejercitado en el bien y consagrado al estudio, me parece que aún no conoces la virtud en su verdadera esencia. Si no conoces la más elevada virtud, vete á la ciudad de Mithila y busca al santo cazador Dharmavyadha; éste, respetuoso servidor de sus padres, dueño de sus sentidos, te hará conocer los sagrados deberes. Y perdona mi osadía en hablarte así, pues el que se esfuerza en la bondad respeta á la mujer.» El brahmán se humilló: «tu reprensión ha curado mi enojo; bendita seas; iré donde me ordenas.» Y dando crédito al mandato por la prodigiosa revelación del caso de la grulla, y cautivado por el dulce hablar de la buena esposa, se dirigió á Mithila, atravesando bosques, ríos y pueblos. Cuando llegó á la espléndida ciudad, tomó entre los brahmanes informes del cazador Dharmavyadha, le buscó y hallóle en el matadero vendiendo caza y carne de búfalo. El cazador, al ver al brahmán que se había puesto separado de los compradores, fué á él y le saludó: «Bien venido seas, venerable; soy un cazador, ¿en qué puedo servirte? Ya sé que te dijo la casta esposa: ¡ve á Mithila!; sé toda la causa de tu viaje.» Y el brahmán quedóse asombrado de este segundo prodigio, parejo con el saber la mujer la muerte de la grulla. El cazador halló la estancia en el matadero indecorosa para el brahmán y llevóle á su casa. Allí, después de tomar asiento,

habló el brahmán sobre el oficio de cazador, que, pues consiste en hacer daño á seres vivientes, es considerado en India como pecaminoso: «¡Qué ocupación la tuya! me duelo muchísimo del espantoso oficio que tienes.» El cazador respondió: «Esta profesión viene en mi familia de mi abuelo á mi padre, y no me enoja proseguir en el oficio heredado; cumpliendo con el género de vida que ha dispuesto el Criador, sirvo respetuosamente á mis viejos padres, no abrigo rencores, doy la limosna que puedo, amparo al huésped y al sirviente, vivo yo con lo que me sobra, no desprecio á nadie ni murmuro de los poderosos. Lo que hago en esta encarnación es resultado de lo que hice en las anteriores. Repara que el mundo necesita igualmente las artes manuales que son patrimonio de la casta de los çudras; la agricultura, que pertenece á la casta de los vaiçyas; la guerra, propia de los caballeros; la penitencia, los Vedas y la verdad que cultivan los brahmanes.» Luego se entabla un largo coloquio acerca de la perfección moral entre el brahmán que interroga y el cazador que contesta; el cazador expone los misterios de la transmigración, del bien y del mal obrar, del alma del mundo y del alma individual; al fin recae en el asunto primero: «Mi oficio es sin duda horrible, pero es difícil escapar á la fuerza del destino, y el que cumple sus deberes hace desaparecer lo espantoso que éstos puedan llevar en sí mismos; yo cumplo mi deber sirviendo á todos la carne que necesitan para su alimento; hasta á los er-

mitaños se les permite comer carne; y además, ¿cuántos seres vivientes no aplasta el hombre con su pie al andar?» El brahmán, admirado de toda su doctrina, exclama: «¡Tu ciencia es celestial, nada hay de los deberes que tú no conozcas!» El cazador le interrumpe: «Mira, oh gran brahmán, cuál es el deber á que yo debo tanta perfección; levanta y entra en lo interior de mi casa.» El brahmán entra, y ve una vivienda encantadora, llena de perfumes, lujosamente adornada; parecía el alcázar de los dioses. Allí estaban los padres del cazador sentados en hermosas sillas, envueltos en blancas vestiduras. El cazador al entrar se arrodilló ante ellos, y los dos ancianos le bendecían: «Levanta, alza tú, el que mejor conoces los santos deberes; tu sumisa obediencia no nos falta nunca. ¡Dios te dé larga vida y la sabiduría más alta.» Luego el cazador dijo al brahmán: «Estos mis padres son para mí la más grande divinidad; como los treinta y tres dioses á cuyo frente está Indra merecen la veneración de todo el Universo, así merecen la mía estos dos ancianos á quienes dedico como á los dioses flores, frutos y otras ofrendas; ellos son para mí el fuego sagrado, el holocausto, los cuatro Vedas. Yo mismo lavo y seco sus pies, yo mismo les sirvo el alimento, hablo lo que á ellos contenta, evito lo que les disgusta; hasta lo prohibido hago, si les agrada. Gracias al poder de la virtud he alcanzado la mirada de vidente, y sé toda tu vida. Pues bien: yo deseo tu salud, oh gran brahmán, y te la quiero mostrar. Tú aban-